

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

El prójimo extranjero.

Ubal dini, Gabriela.

Cita:

Ubal dini, Gabriela (2024). *El prójimo extranjero*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/460>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/yfm>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL PRÓJIMO EXTRANJERO

Ubal dini, Gabriela

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo, que se enmarca en el Proyecto Ubacyt “Vicisitudes, encrucijadas y destinos de la transferencia en la enseñanza de Lacan”, 2022-2024, dirigido por el Dr. Juan de Olaso, hace un breve recorrido por distintas formas de un amor en el que está presente el odio como su correlato inevitable. Luego, presenta la noción de un nuevo amor, al mismo tiempo que recorre las figuras del extranjero/extraño y el prójimo/próximo, y, tomando la noción griega del proxeno, presenta la función del analista como aquel que aloja la extrañeza en el prójimo como forma de tramitar el odio.

Palabras clave

Amor - Odio - Projimo - Extraño

ABSTRACT

THE FOREIGN NEIGHBOR

This paper, which is part of the Ubacyt Project “Vicissitudes, crossroads and destinies of transference in Lacan’s teaching”, 2022-2024, directed by PhD Juan de Olaso, briefly examines different forms of a love in which hate is present as its unavoidable correlative. Then, it presents the notion of a new love, and it looks into the figures of the stranger (both unknown and foreigner) and the neighbor. Finally, drawing on the Greek figure of the proxenos, it presents the function of the analyst as one who accommodates the strangeness in the neighbor as a treatment of hate.

Keywords

Love - Hate - Neighbor - Stranger

El amor, el odio y la ignorancia son pasiones que aspiran al ser allí donde el lenguaje produce una falta en ser. Solo que en el amor, el ser se afirma de manera resbaladiza, dada la estructura de engaño de aquel (qué mejor, dice Lacan, que convencer al otro de que tiene lo que puede completarnos para seguir ignorando lo que nos falta), mientras que el odio apunta mucho más certera y lúcidamente al ser; hay menos vacilación, más claridad respecto a lo que se odia.

Para Empédocles, Dios es el más ignorante de todos los seres porque no conoce el odio. Para los seres humanos, en cambio, el odio está presente desde muy temprano, incluso antes que el amor. Freud afirma que proviene del rechazo [*Austossung*] que provoca el mundo exterior, con su hostilidad. Odio primordial ante el caos primordial. Odio surgido del dolor.

¿De dónde proviene el amor?

Según Freud, de la capacidad del yo para satisfacer autoeróticamente sus pulsiones. Originalmente es narcisista y después pasa a los objetos que se incorporan al yo ampliado.

Es lo que él denomina “las etapas previas del amar”. Allí, en lo oral, la atracción hacia el objeto coincide con la devoración, y por lo tanto con la supresión del objeto. Y en lo sádico anal, con la pulsión de apoderamiento, de dominio, cuyo arrebató lleva a la destrucción del objeto.

Por eso puede querer “comerse a besos” a quien se ama. Y por eso Lacan llega a afirmar: “Te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, te mutilo”.

Aquí el amor no se distingue del odio (Freud, 1992). (Este odio ya no es efecto de aquel rechazo, o al menos una parte de él se enlaza al amor.)

Recién con el establecimiento de la organización genital se produce esa diferenciación. Pero como esa organización tiene sus fallas, este amor “pariente del odio” persiste como resabio en el objeto.

En esos resabios, que pueden ocupar grandes extensiones de vida, de vida fantasmática, habita el goce, y también el amor y el odio como indistinguibles. Así, la ambivalencia no es meramente imaginaria, sino que se asienta en el goce del fantasma. De allí que Lacan proponga la noción de *odioamoramiento*, que incluye lo real.

Amores

No hay un solo amor; hay formas y encarnaciones diversas atravesadas por esa indistinción amor-odio:

1. El amor narcisista, según el cual amar es ni más ni menos que querer ser amado, lo que nos confronta de modo muy directo con las vicisitudes de la transferencia y la demanda.

Este amor procura hacer de dos, uno, de manera que, tal como afirman cierto cantante romántico y un viejo estribillo de la acción católica, “uno más uno es uno”. Es un amor que tiende a la fusión, y en ese afán unificador borra las diferencias. Las diferencias subjetivas y la diferencia sexual.

Para sostener una comunión tal, cada uno debe renunciar a su singularidad, a lo que no coincide. Y ese Uno de fusión también es de confusión -ya no se sabe quién es quién-. Es un Uno que opera como reducción, Uno Ideal, por lo que cualquier cosa que salga de su esfera será desamor, fracaso, traición.

Este amor no da lugar a su más allá que es el deseo, y en cambio se va tiñendo de odio. Si tengo que resignar mi singularidad

por amor, empezaré a odiar al que me suprime.

Al mismo tiempo, el odio en lo imaginario, la agresividad, puede funcionar como un intento fallido de diferenciación: las disputas por cualquier cosa procuran sin éxito dejar en claro que el sujeto no se reduce al otro.

El erotismo queda inexorablemente preso de la lógica de este amor. El borramiento de las diferencias incluye el borramiento de la diferencia sexual, el Otro sexo -cualquiera que sea el sexo del partenaire-, lo propiamente *hetero* (mal entendido en términos de heterosexualidad normativa y patriarcal), es decir, lo femenino, no- todo, la unicidad de un goce discordante, disimétrico, no complementario. Eso que en este amor queda borrado reaparece (pues no desaparece) en la dimensión del odio: es precisamente lo que se aborrece y se quisiera eliminar.

2. Otra versión del amor es el famoso “dar lo que no se tiene (a quien no lo es)”, donde se pone en juego la dimensión de la falta en términos fálicos, es decir, respecto del tener/no tener y el ser/no ser.

En esta vertiente, amar es dar signos de la falta, lo que explica por qué cuando un hombre ama puede sentirse castrado y por eso mismo odiar al causante de ese amor, y por qué el partenaire puede obstinarse en *serlo* para eludir el no ser y así deslizarse fácilmente a la dimensión del amor narcisista. (Con la lógica de la sexuación se abre un más allá del falo que implica una nueva vertiente del amor.)

3. En la psicología de las masas también vemos aparecer un fenómeno amoroso. Si el amor narcisista produce una masa de dos, está la masa de muchos. “Fascinación colectiva”, hipnótica, en la que se sacrifica el interés personal por el interés común. Efecto de contagio, identificación, en el que todos los miembros rempazan su Ideal del yo por un mismo objeto: el líder.

Aquí solo hay sentimientos tiernos. Pero la hostilidad, lejos de extinguirse, es situada afuera: lo que no forma parte es odiado y debe ser excluido, segregado y llegado el caso exterminado.

A propósito de la segregación, Freud en “Pulsiones y destinos...” afirma: “A partir del yo realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca objetiva, se muda en yo placer purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro. El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha *segregado* un componente que arroja al mundo exterior y siente como hostil” (Freud, 1992, p. 130).

De manera que, cuando el objeto es fuente de placer (sea exterior o interior), nos sentimos atraídos hacia ese objeto y lo amamos. Así de prosaico.

Y cuando es fuente de displacer (sea interno o externo), nos causa repulsión, lo odiamos, y quizá lleguemos a agredirlo y aniquilarlo. Así de brutal.

Este principio de placer, con su afán de pureza, parece un buen parámetro para pensar cómo se configura la vida en las redes

sociales, tan ocupada de complacerse a sí misma y abominar al que discrepa.

Entonces, puesto que lo hostil extranjero y odiado es también aquello segregado de mí, en la segregación del prójimo estoy rechazando mi propia diferencia, mi no coincidencia conmigo. Eliminar al otro es eliminar *lo otro* en mí.

Prójimo / próximo

Prójimo deriva de próximo y, más allá de la connotación religiosa y su controvertido mandamiento, remite a la persona cercana, al hermano, al amigo, al vecino y, en términos más generales, al otro como parte de la misma humanidad.

Aunque tiene también su uso peyorativo, que incluye el femenino: un prójimo o una prójima es un individuo cuya proximidad se desprecia.

Lacan dice: en el prójimo habita la maldad que también habita en mí. Es “la inminencia intolerable del goce” (Lacan, 2008, p. 207): eso que segrego de mí, vuelvo ajeno y odio. Y augura un ascenso del racismo sostenido en la hermandad del cuerpo, esa hermandad que se asienta en la semejanza, la aspiración a lo igual y la aversión por lo diferente.

Un nuevo amor

Lacan se pregunta: “¿Puede verdaderamente un analista hacer triunfar el amor? (podría decirse, frente a estas formas del amor que tienen el odio como sombra) Debo decirles que para mí, que no nací exactamente ayer, es una apuesta” (Lacan, 2012, p. 152).

¿Pero qué amor?

No el que hace de dos uno, sino el que permite el encuentro de uno con uno a través de un tercer término: S(A) tachado (respuesta eludida en el grafo del deseo; matema en el no-todo en las fórmulas de la sexuación), por el que hay encuentro de uno con uno sin hacer uno, y sin hacer de ellos [*d’eux*] dos [*deux*]. No hay sumatoria.

Algo que resuena con la versión lacaniana de la *philia*: “La valentía para soportar la intolerable relación con el ser supremo (para nosotros, analistas, la falta) es lo que hace que los amigos se reconozcan y se elijan”. Una ética fuera de sexo, un amor que excluye a Eros. (Lacan, 1981, p. 103).

En este sentido puede pensarse la nueva posición que Lacan asigna al analista, que no es la del Otro ni la del objeto *a* sino la de hermano del mal llamado paciente, por ser, cómo él, hijo del discurso. Una hermandad que no es la de los cuerpos, la de la semejanza, que viene dada, sino una que se adquiere por la vía de lo que él llama “conjuro analítico” (Lacan, 2012).

El analista deviene el hermano transfigurado -pues al atravesar las figuras, pierde su imagen y su nombre- porque ha estado disponible para dar lo que tiene para dar: su atención, alojar lo que tiene que alojar: la extrañeza, y decir lo que tiene que decir. Así, un análisis es inseparable de un efecto en el lazo social, empezando por el lazo de a dos que constituye el discurso ana-

lítico. El efecto de este discurso es verificable en esta nueva posición en que queda el otro para el sujeto. Puede pensarse que ese es el sentido del nombre de uno de los seminarios de Lacan: de un Otro, pasando por el objeto *a* como resto de la operación analítica, al otro, hermano transfigurado, no semejante, reflejo de lo igual, sino prójimo. Próximo no es aquí el del mandamiento cristiano, sino el que surge del complejo freudiano, que incluye lo inasimilable.

Extranjero / extraño

Xénos en griego significa tanto extranjero como extraño, y también invitado amigo, huésped, y la *xenia* era un código de hospitalidad entre ciudadanos, que implicaba alojar, alimentar y abrigar al extraño, sin preguntarle su nombre ni su procedencia. Pero el extranjero no es el no griego, el bárbaro de habla ininteligible, sino el ciudadano de una comunidad vecina. “Para ser llamado *xénos* un extranjero debe, pues, pertenecer al mundo helénico, idealmente constituido por el conjunto de hombres que tienen la misma sangre, la misma lengua, santuarios y sacrificios comunes” (Detienne, 2003, pp. 28-29).

Es decir, el extranjero/extraño es el prójimo/próximo.

En este sentido Lacan afirma: “la experiencia muestra [...] la ambivalencia por la cual el odio sigue como su sombra todo amor por el prójimo, que es también para nosotros lo más extranjero” (Lacan, 2005, pp. 62-3).

La *proxenia* (*pro-xénos* significa “a favor del extranjero”, en oposición a la xenofobia) era una institución que regulaba las relaciones de hospitalidad entre dos *polis*. El *proxenos* era un huésped público, que alojaba al extranjero, lo protegía, lo ayudaba a resolver asuntos, pero no de manera desinteresada como en la *xenia*, sino a cambio de una retribución por parte de la *polis* para la que prestaba servicios.

El analista en función, en la medida en que aloja lo extraño/extranjero en el prójimo/próximo, tiene algo de *proxenos* (¡no hay analista xenófobo!). (1)

Lo aloja en lugar de odiarlo, lo que ya es una tramitación del odio.

Tratamiento del odio

¿Tramitar el odio querría decir que se trata de obtener un amor sin odio, exento de resquemores, de malos sentimientos, es decir, un amor puro?

Ese es el tratamiento religioso o místico, cuya pretensión es que el objeto se diluya en el ideal.

Están los tratamientos que lo tratan con la misma materia odiante: venganza, agresión, humillación, que, como es obvio, lo alimentan, refuerzan su crueldad.

Está el tratamiento analítico. El *proxeno* que es el analista realiza la separación entre objeto e ideal, que es al mismo tiempo un tratamiento del odio.

Esa separación es un acto que corta el odio, lo que no quiere decir que lo elimine, sino que lo recorta como diferente del amor, y

el punto en el que ese recorte se produce es lo real, una hiancia que abre la posibilidad de que amor y odio no se fundan en un sentimiento confuso, sino que se recorten como diferentes a partir del acto, que es el acto de segregar (en sentido analítico) el goce ruinoso que los indistingue en el fantasma.

Cito a Simone Weil: “El amor tiende a llegar cada vez más lejos. Pero tiene un límite. Cuando ese límite se sobrepasa, el amor se vuelve odio. Para evitar ese cambio, el amor debe hacerse diferente” (Weil, 1994, p. 62)

Hay aquí una ecuación: amor sin límite = odio.

Por lo tanto, el amor se diferencia del odio a partir de un límite, y ese límite es lo real, punto de quiebre donde no hay amor ni odio sino angustia. El pasaje por ese límite -más de una vez, las veces que sea- puede hacer que amor y odio co-existan, al quitarle al odio su ferocidad de ser, su crueldad, y al hacer del amor algo diferente de sí mismo.

NOTAS

(1) No por prestar servicios para una *polis*, pero sí porque no actúa de manera desinteresada como en la *xenia*.

BIBLIOGRAFÍA

- Detienne, M., *Dionisio a cielo abierto*, Barcelona, Gedisa, 2003.
 Freud, S., “Pulsiones y destinos de pulsión”, t. XIV, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
 Lacan, J., “Discurso a los católicos”, en *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
 Lacan, J., *Seminario 16, De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
 Lacan, J., *Seminario 19, ... o peor*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
 Lacan, J., *Seminario 20, Aun*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
 Weil, S., *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 1994.